

Consuelo Naranjo Orovio

**Los rostros del miedo:
el rumor de Haití en Cuba (siglo XIX)¹**

El Caribe, laboratorio de la Ilustración, recibía con sorpresa y terror las noticias sobre los sucesos de Saint-Domingue. Las ideas de libertad y los logros de la ciencia que hacían avanzar a la civilización y encaminaban a la humanidad hacia el progreso parecían desvanecerse ante las imágenes sangrientas y crueles que llegaban de la colonia francesa. La otra cara de la Ilustración se presentaba con fuerza ante aquellos que creían en el avance imparable del progreso. Las ideas de libertad, fraternidad e igualdad chocaban en América con la realidad, con la esclavitud y con la represión de las revueltas de esclavos. La incompatibilidad del mundo civilizado, de la civilización con la esclavitud se hizo manifiesta con el estallido de la revolución de Saint-Domingue. Resolver esta incompatibilidad no era tarea fácil en un mundo en el que el trabajo esclavo era la base de crecimiento económico sobre la que se fundamentaban el fomento y el progreso de las sociedades de plantación. La libertad de unos suponía la ruina para otros, por lo tanto el mantenimiento o la abolición de la esclavitud pasó a ser uno de los puntos principales de la actuación de los gobiernos y de las elites, muchas de ellas aliadas durante tiempo a los gobiernos coloniales como fue el caso de Cuba y Puerto Rico. El fin de la esclavitud a la que aspiraban y lograron los esclavos de Saint-Domingue, representaba para las elites, en primer lugar, el fin de su hegemonía como clase; en segundo lugar sirvió para que, en adelante, el Gobierno español rápidamente estableciera un paralelismo entre lo sucedido en la ex colonia francesa con la situación que existía en sus posesiones americanas. La independencia casi inmediata de gran parte de los territorios coloniales contribuyó a reforzar una estrategia en la que la esclavitud fue considerada como el elemento fundamental para

¹ Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación HAR2009-09844, financiado por el MICINN.

mantener no sólo el orden sino también el poder colonial hispano y el *status quo* en Cuba y Puerto Rico.

Planteado así, la alianza entre los hacendados, entre las elites locales, y el Gobierno español era la única solución inmediata y vía posible para que ambos salvaguardasen sus intereses. Ambos, criollos y peninsulares con intereses comunes que a lo largo del siglo XIX fueron tomando rumbos distintos, tuvieron que navegar entre el miedo y las ganancias. El mantenimiento del poder colonial no se puede explicar sin entender la habilidad de las elites criollas que, con una gran astucia y capacidad de negociación, lograron defender y hacer prosperar sus propuestas e intereses que, en algunos casos, compartían con peninsulares asentados o no en Cuba. El trasfondo es muy complejo ya que hubo varios factores que influyeron de modo diferente tanto por las características de cada uno como por las situaciones cambiantes que a lo largo de un siglo experimentaron la economía, el comercio, el panorama político peninsular y la propia relación colonial. Si bien la convergencia de intereses explica el mantenimiento de Cuba y Puerto Rico como colonias hasta 1898 (Hernández Sandoica 1982; 1997; 2004; Bahamonde/Cayuela 1992; Fradera 1999: 189-316; Piqueras 2003; 2005), es preciso tener en cuenta otros elementos, más allá de los económicos y políticos, que se utilizaron para mantener la situación, los privilegios y el poder. En este trasfondo, el *miedo al negro* se presenta como un velo que se corre para cubrir los problemas planteados en cada momento y cuya solución entrañaba dificultad. Recurrir a este miedo, que en última instancia era Haití, sirvió para todos y para todo. Fue un instrumento muy válido que se usó desde distintas instancias, grupos y fines (González-Ripoll et al. 2004; Naranjo Orovio 2008).

Desde 1790 en el Caribe hispano se recurría a Haití como amenaza. Era fácil provocar el miedo rescatando y aireando el fantasma de la barbarie. Haití se convirtió en amenaza por múltiples razones. Sus hombres encarnaban el valor de haberse sublevado cuando siendo esclavos subvirtieron el orden que todo el mundo aceptaba como parte del orden natural. Tierra de libertad, pero también de igualdad, Haití se convirtió en un icono con significados ambivalentes y múltiples usos. Ya ha sido señalado por algunos autores el poder de evocación que tuvo Haití; otros han incidido en los contenidos de su revolución, el poder de emulación que produjo y la creación de iconos e imágenes

que lo reforzaron y perpetuaron. Más allá de estos significados que ayudaron a conformar un imaginario en el que Haití se cargaba de diversos signos y era percibido de muy distintas maneras según quien fuera el receptor y para que se utilizara, lo que demuestra no sólo el poder de evocación que tuvo Haití sino la instrumentalización que de él se hizo, me interesa estudiar las ideas y conceptos en los que se basaron para crear y mantener el *miedo al negro* y a la africanización en Cuba a lo largo del siglo XIX. Un miedo que nos remite a un proceso de creación social y cultural, es decir a un proceso de socialización del cual es resultado.

El rumor de Haití. Un rumor que agazapado cobraba vida y fuerza cada vez que se descubría alguna rebelión supuesta o real, o se tenía noticia de alguna lejana o cercana conspiración de esclavos. Un murmullo siempre presente que rápidamente creó terror y que se transformó en uno de los principales instrumentos de contención de la población, tanto esclava como libre, negra o blanca. Partimos de la hipótesis de que la rebelión de los esclavos de Saint-Domingue y la creación de Haití como Estado independiente fue un factor detonante del miedo que suscitaba el *otro*, pero, sobre todo, fue un factor instrumentalizado por las elites y los gobiernos como medio de dominación, represión y mantenimiento de su poder. Haití reforzó los tabúes y prejuicios hacia culturas y religiones lejanas y extrañas en las sociedades coloniales blancas; creó iconos de terror, exterminio y muerte; reforzó las fronteras culturales aumentando las distancias; forjó nuevos estereotipos raciales y, por último, fue aliado de quienes querían mantener el *statu quo* y el orden colonial.

En contraposición a estas imágenes, como han estudiado otros autores, Haití también entrañó la esperanza de libertad e igualdad para la población esclava y, en general, para la población negra, e inició un interesante proceso en el que estuvieron implicados esclavos y amos. Haití provocó nuevas relaciones y nuevas maneras de mirarse ayudando a transformar el modelo esclavista y vertebrando la resistencia de la población negra, tanto esclava como libre (Geggus 2001; Geggus/Fiering 2009; García Rodríguez 2004; Ferrer 2004; 2009).

1. *Civilización versus barbarie*

El miedo, propiciador de delaciones infundadas, comenzó a ejercer su influjo, expandiendo un maléfico sobrecogimiento de los ánimos, pletóricos de alarmas incontrolables. Al imperfecto sistema policial urbano, se sumó la vigilancia horrorizada de una población que percibía en cada mirada de negro una amenaza, y en cada palabra un doble sentido que escondía planes subversivos para la matanza indiscriminada de blancos, al modo de Haití. Cada día llegaban a la secretaría del Capitán General denuncias de complots, de palabras dichas al paso y calificadas, no obstante, de sospechosas, de probables intenciones aviesas tras la sandunguería y aparente indiferencia que caracterizaban el comportamiento de los negros (García Rodríguez 2004: 269).

¿De dónde procedía el miedo, qué elementos contenía y de cuáles se fue nutriendo? ¿Qué rostros o máscaras se escondían detrás del terror? Si el negro esclavo era quien representaba la amenaza y, a la vez, ésta remitía a Haití, nos preguntamos cuáles eran los elementos en los que basaron esa amenaza. En este momento no me interesan tanto los hechos constatables, como puede ser el aumento demográfico de la población llamada de color y, en concreto, el ascenso del número de esclavos (consecuencia directa, por otra parte, de la Revolución haitiana y de la necesidad de importar más esclavos en la Cuba que veía incrementar sus ganancias gracias a una mayor producción de azúcar), como aquellas ideas que sirvieron de marcadores o de fronteras entre las poblaciones: la blanca y la negra. En el proceso de creación social y cultural de ambos grupos como categorías únicas, cada una de las cuales responde a elementos que pueden ser definidos y forman un todo unitario y coherente, es importante analizar los conceptos que se utilizaron y el traslado de los mismos a cada una de estas categorías. En concreto me estoy refiriendo a los conceptos de civilización y barbarie ya que ellos fueron los que con mayor fuerza se esgrimieron y pervivieron para defender el orden colonial y mantener sometida a la mitad de la población en Cuba.

Civilización/barbarie, como dos conceptos yuxtapuestos, nos remiten a categorías sociales y culturales, a estadios evolutivos de la sociedad, la educación, la población (etnia) y la cultura en diferentes momentos y mundos. La universalización de ambos conceptos ha permitido el uso de ambos en los términos que he comentado. El concepto de civilización es amplio y en ocasiones ambiguo. El momento, el fin, el destinatario y el emisor imponen un determinado significado

y lo llenan de distintos contenidos. Civilización conlleva subordinación, inferioridad o superioridad frente a la marginación y la barbarie. Civilizados se opone a primitivos y bárbaros a partir de conceptos múltiples que abarcan tanto consideraciones culturales y étnicas como factores económicos y sociales. La mirada desde el poder metropolitano, desde Europa o Estados Unidos, y desde los poderes locales imponen al término civilización una connotación que remite a concepciones culturales bajo los patrones de la superioridad o la marginación. En el siglo XIX en América Latina, el término civilización se resemantizó en varios momentos en función de las elites que lo manejaron, de sus proyectos y de la composición étnica y cultural de poblaciones a partir de las cuales tenían que crear los nuevos Estados nacionales. Por otra parte, las nuevas teorías antropológicas, biológicas y sociales, y el descubrimiento de nuevas poblaciones humanas dotó a este término de nuevos contenidos y significados.

En términos generales, el concepto civilización, usado por el hombre *civilizado*, se opuso a barbarie, a las culturas, usos y costumbres de las poblaciones no blancas. Frente a la barbarie, al *otro*, al desconocido, se erigió la civilización occidental, origen de la razón, la ciencia, la libertad, la democracia y la prosperidad económica. Civilización fue sinónimo de progreso y su existencia estuvo ligada al poder; poder político, económico, permítanme utilizar esta palabra, poder racial o supremacía de unas poblaciones blancas que se consideraban portadoras de cultura y capaces de crear civilización frente a las poblaciones salvajes y bárbaras. En un esquema evolutivo de la cultura la civilización sería el último estadio: salvajismo; barbarie; civilización.

Civilización, desde esta acepción, remite al estado más avanzado de la cultura en la que están presentes elementos o saberes científicos, a través de los cuales se alcanza la civilización y el progreso. Es por ello que civilización estuvo ligada para los intelectuales también a ciencia y saber, elementos centrales para el avance de la humanidad. En el contexto americano la mayoría de los gobiernos asumieron que la civilización, el orden y el progreso eran los tres preceptos que tenían que regir el proceso de formación de los nuevos Estados. Bajo el lema orden y progreso, como reza la bandera brasileña, se iniciaron estos proyectos. Para alcanzarlos, la civilización sería el camino: “Los

pueblos civilizados”, apuntaba Sarmiento, “suplantan en las poblaciones de la tierra a los salvajes” (Sarmiento 1885, 2: 214).

Por otra parte, urgía poner en marcha el tejido productivo, hacerse eco de las revoluciones científicas, incorporar usos y costumbres y dotar a los países con una población que pudiera llevar a cabo este proyecto civilizador. En última instancia, civilizar al país y a su población era occidentalizarlos; pero, al mismo tiempo, esa acción civilizadora, esa misión, legitimaba a la elite como clase dirigente en el momento de transición. Civilizar era apropiarse del territorio y de sus gentes. Déjenme detenerme en la población pues era en gran medida el centro de mi argumentación.

Uno de los dilemas que se plantearon las elites (en términos generales) fue qué hacer con las poblaciones múltiples y diversas que habitaban los nuevos países; cómo integrarlas al concierto nacional fue el reto para muchos de ellos. No me interesa en estos momentos estudiar las formas ideadas y practicadas para incorporar a los indígenas y otros pobladores no blancos como ciudadanos de la nación, sino los debates desarrollados en torno a la posibilidad de que las poblaciones no blancas estuvieran capacitadas para generar cultura y civilización, así como los medios que se utilizaron para suplir la falta de *civilización*: mestizaje, blanqueamiento, educación e inmigración. Este ideal civilizador contó con algunas ciencias, como la biología y la antropología, como íntimas aliadas para definir su proyecto y ponerlo en marcha. La clave del problema está en la biologización de la cultura, es decir en el intento de explicar cualquier fenómeno social y cultural a partir de la biología. Las nuevas teorías científicas, el evolucionismo, fundamentalmente, pero también las teorías sobre la herencia y la degeneración, proveyeron a los estadistas de modelos para ordenar, clasificar y controlar a las poblaciones. Catalogarlas a partir de los rasgos físicos, clasificarlas en función de ellos en compartimentos estancos, prever su comportamiento según sus medidas y color, y con frecuencia estigmatizarlas fueron consecuencias inmediatas de la aplicación de algunas de estas teorías al conjunto de la sociedad en un intento de controlar y delimitar los espacios e individuos.

El otro aspecto que hay que tener en cuenta son los momentos, factores y condiciones que dotaron de mayor fuerza al término civilización y en parte lo resemantizaron. Desde finales del siglo XVIII existieron algunas fechas claves para repensar la historia patria, para cons-

truir la memoria nacional y definir la identidad. Los momentos de mayor reflexión estuvieron marcados por acontecimientos importantes como las independencias de la América continental y el fin del imperio español en 1898, pero antes existió otro acontecimiento de grandes consecuencias. Me refiero en concreto a la Revolución haitiana y a los efectos contradictorios que produjo en las elites latinoamericanas y en las poblaciones negras. Por otra parte, como veremos, sus protagonistas y desenlace vinculan a la Revolución haitiana con algunos de los elementos que hemos destacado por jugar un papel importante en los proyectos iniciados por los gobiernos latinoamericanos como fue la raza.

El miedo, el espanto y el temor a que prendieran las ideas que habían convertido la antigua Saint-Domingue en el primer país libre de América a la vez que en una república gobernada por ex-esclavos en la que todos los hombres eran iguales alertó a las autoridades a la vez que generó la estigmatización de la población negra considerada subversiva y bárbara. Los testimonios de la época sobre el horror que la Revolución haitiana suscitó son múltiples. Sirvanos como ejemplo el que extraemos de la carta escrita por el cónsul de España en Filadelfia, Valentín de Foronda, el 2 de agosto de 1804:

El favorecer a los negros es vigorizarlos, es reforzarlos, y tal vez puede llegar su poder a intentar algún ataque en las Islas Españolas, protegidos de los mismos Negros vasallos del Rey. ¿No se les podría tratar Excmo. Sr. como Piratas a los que hacen causa común y favorecen a los Piratas, a los enemigos de los hombres, a los Antropófagos Negros de la Isla de Santo Domingo? (*Carta a Pedro Cevallos*. AHN, Sección Estado, Legajo 6175, carpeta 1, exp. 2).

Haití, cargado de contenido, sirvió para muchos intereses y grupos, así como para defender distintas causas a lo largo del siglo XIX. Evocar a Haití era hablar de barbarie, muerte, desolación y destrucción económica. Haití era lo opuesto a la civilización, al progreso, a la modernidad que portaba adelantos científicos y tecnológicos, educación y costumbres europeas. Haití refería a África, a culturas en fases o estados inferiores en la escala evolutiva, y hacía volver los ojos a los salvajes tan alejados de las cortes europeas. Representaba la antítesis de la Ilustración, del saber y del orden, es decir de la civilización. Las amenazas, los miedos y los rumores no sólo sirvieron para mantener el control y limitar derechos a sus habitantes a lo largo del siglo XIX, o

para justificar el nexo colonial; a la sombra de Haití se crearon unos imaginarios nacionales y unos estereotipos que durante mucho tiempo criminalizaron, y en parte lo siguen haciendo, a un grupo amplio de la población, así como a su cultura. La memoria de la esclavitud perpetuó la memoria de Haití que sirvió como justificación para la exclusión y la satanización de la población negra.

A raíz de estos hechos, civilización se yuxtapone continuamente a barbarie, y civilizado a bárbaro o salvaje, a la vez que se dotaba al término civilización o civilizado, y a sus inversos, con categorías raciales que sirvieron para estigmatizar a las poblaciones no blancas. En el contexto caribeño, frente a otras naciones como Jamaica o Haití, propiedad de una raza bárbara, algunos intelectuales indicaban que Cuba participaba de la civilización occidental no sólo a través de la comercialización de sus productos, sino también porque su población blanca era la que controlaba y guiaba el país (Del Monte 1929: t. 1, 201).

Desde la otra mirada, las palabras de Dessalines incorporan los conceptos manejados en la época y se vuelven contra aquellos que les tachan de bárbaros. Los bárbaros son ahora los que así mismos se llamaban pueblos civilizados. El concepto atraviesa la frontera para definir a los antiguos hacendados, a los plantadores y, en general, a los franceses. La asociación de este concepto con la sangre es una constante, con independencia de quien lo utilizara. Pero lo interesante en este caso es que barbarie también se asocia a independencia al contraponerse a libertad, logros de la civilización que ellos también reclaman como propia. El discurso que Dessalines pronunció al pueblo de Haití tras la proclamación de la independencia es un ejemplo de ello:

No basta con haber expulsado de nuestro país a los bárbaros que lo han ensangrentado durante dos siglos; no basta con haber puesto freno a las facciones siempre renacientes que se burlaban, unas tras otra, del fantasma de libertad que Francia colocaba ante vuestros ojos; es necesario, por medio de un acto último de autoridad nacional, asegurar para siempre el imperio de la libertad en el país que nos vio nacer; es necesario arrancar al gobierno inhumano que mantiene desde hace tanto tiempo a nuestros espíritus en el letargo más humillante, toda esperanza de dominarnos; es necesario, en fin, vivir independientes o morir. Independencia o muerte [...] Que estas palabras sagradas nos vinculen, y sean señal de combates y de nuestra reunión (Romero, L. A./Romero, J. L. 1985: 85).

2. Pero regresemos a Cuba

La amenaza parece más real y peligrosa tras la proclamación de la independencia y la creación del Estado haitiano en 1804. Asombra la rapidez con que este hecho se conoció en Cuba donde llegó una copia del acta de independencia en un buque corsario francés según comunicaba el capitán general, el marqués de Someruelos al ministro español, Pedro Ceballos, el 14 de marzo de 1804 (AHN, Sección Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 70). A la vista de estos sucesos, el 10 de mayo el Gobierno español ordenó al Capitán General de Cuba que tomara las medidas oportunas para prevenir posible disturbios en las colonias, así como que estuviera atento al desarrollo político y militar del nuevo gobierno.

A partir de ese momento y durante mucho tiempo, Haití fue uno de los focos de atención de las autoridades, los hacendados y los intelectuales. Detengámonos en Francisco de Arango y Parreño, un hombre cuya visión de futuro, estratégica y global, le convirtió en el ideólogo de la sacarocracia cubana y de quien Anastasio Carrillo y Arango comentaba, en el “Elogio histórico a Francisco de Arango y Parreño”, que su entrada en el mundo de los negocios coincidía con el momento del fermento de los principios filosóficos de la Ilustración y de la Revolución francesa en el mundo civilizado.² En este contexto de prosperidad económica, de futuro halagüeño y de progreso, en el que una elite comenzaba a tomar las riendas de la patria al erigirse como grupo hegemónico son comprensibles los juicios de Arango y Parreño sobre los esclavos, la población negra y la esclavitud; más aún cuando la prosperidad y el futuro podían opacarse si las ideas de libertad e igualdad que se vitoreaban en la isla vecina se trasladaban, difundían y prendían en Cuba. Como representante de la Ciudad de La Habana en las Cortes, en 1811, en contra de las propuestas de abolición presentadas por los diputados José María Guridi Alcocer y Agustín de Argüelles y de los argumentos de quienes consideraban que la esclavitud era incompatible con la civilización y los principios más *nobles* de la humanidad, Arango defendió ardientemente la trata y la esclavitud al

2 El “Elogio” fue realizado en 1837 por encargo de la *Sociedad Patriótica de La Habana* tras la muerte de Francisco Arango y Parreño. En 1862 Andrés de Arango lo editó en Madrid y posteriormente se incluyó como prefacio en las *Obras* de Arango y Parreño.

considerar que ambos, esclavitud y civilización, no eran elementos opuestos y, por tanto, podían convivir. Para el representante de los intereses de los hacendados azucareros la población negra se reducía a “individuos bárbaros sin policía ni civilización y que nunca habían usado de su libertad sino para venderse o devorarse” (Arango y Parreño 1952, II: 169). Su rechazo se refuerza con los recelos ante los sucesos de Guarico que se hacen explícitos en *El Discurso de Agricultura de la Habana*, de 1791, al comentar:

Mis grandes recelos son para lo sucesivo, para el tiempo en que crezca la fortuna de la Isla y tenga dentro de sus vecinos quinientos mil o seiscientos mil africanos. Desde ahora hablo para entonces, y quiero que nuestras precauciones comiencen desde este momento (Arango y Parreño 1952, I, 148).

El mantenimiento de la esclavitud en Cuba fue lo que imprimió de un carácter diferente al concepto civilización y el proceso de creación de la identidad al cargarle de distintos significados en los que esclavitud-negritud-civilización-miedo al negro se combinaron de diferente modo y ayudaron a perpetuar un sistema económico y político rentable durante gran parte del siglo XIX para las elites criolla y peninsular. En pocos años el término civilización va a ir incluyendo elementos étnicos y culturales que a la vez que la restringen, la van acercando hacia la definición de la identidad desde el momento en que la adaptan a las peculiaridades del país: a la existencia de la esclavitud y a su defensa, y al crecimiento imparable desde finales del siglo XVIII de la población negra.

Por los mismos años que Arango y Parreño se erigía como representante de la sacarocracia, el viajero Alejandro de Humboldt, a partir de las estadísticas que reflejaban el aumento imparable de la población negra en Cuba desde los últimos años del siglo XVIII, alertaba sobre el peligro que suponía el mantenimiento de la esclavitud y la entrada de esclavos africanos. En *El ensayo político sobre la isla de Cuba* Humboldt no sólo denunció la esclavitud, sino que también llamó la atención sobre el riesgo que suponía la esclavitud para la estabilidad política y social en América. En el escenario dibujado por Humboldt en el que plantea la posibilidad, no lejana, de que el orden social se subvirtiese y el poder político pasara a manos de los esclavos y gentes de color, los acontecimientos de Saint-Domingue y Haití aparecen de trasfondo:

En todo el archipiélago de las Antillas, los hombres de color (negros o mulatos, libres o esclavos) forman un conjunto de 2.360,000 o de 83/100 de toda la población. Si la legislación de las Antillas y el estado de las gentes de color no experimenta muy en breve alguna mudanza saludable, y si se continúa discutiendo sin obrar, la preponderancia política pasará a manos de los que tienen la fuerza del trabajo, la voluntad de sacudir el yugo y el valor de sufrir largas privaciones. Esta sangrienta catástrofe se verificará como una consecuencia necesaria de las circunstancias, y sin que los negros libres de Haití se mezclen de modo alguno, continuando siempre en el sistema de aislamiento que han adoptado. ¿Quién se atrevería a pronosticar el influjo que tendría una *confederación americana de los estados libres de las Antillas*, situada entre Colombia, la América del Norte y Guatemala, en la política del Nuevo Mundo?. El temor de que este acontecimiento se realice obra sin duda alguna más poderosamente en los ánimos que los principios de Humanidad y de justicia; pero en todas las islas, los blancos se creen los más fuertes; porque les parece imposible toda simultaneidad por parte de los negros, y consideran como una cobardía toda mudanza y toda concesión hecha a la población sujeta a la servidumbre, todavía no es tarde, pues la horrible catástrofe de Santo Domingo se verificó por la ineptitud del gobierno. Tales son las ilusiones que predominan en la gran masa de los colonos de las Antillas, y que son un obstáculo para que se mejore el estado de los negros en Georgia y en las Carolinas (Humboldt 1998: 254-257).

Los escritos de Arango y Humboldt son preludeo de la preocupación que en pocos años compartió un grupo de ilustrados y reformistas cubanos. La otra cara de la riqueza que conllevaba el trabajo esclavo era la ruina. La vida a la que aluden los intelectuales cubanos de manera recurrente —que descansaba y era producto de la riqueza, la prosperidad y el orden— se contraponen a la muerte; la muerte moral, cultural y física que de manera contradictoria cargaban en aquellos elementos que a la vez eran generadores de la riqueza: la esclavitud y los esclavos. En el difícil equilibrio que suponía hacer compatible la esclavitud con el mantenimiento de la estructura social y política, algunos pensadores, como ya había señalado Humboldt, creyeron que la abolición gradual era la única solución que evitaría la ruina de la isla y de los hacendados. Durante todo el siglo XIX se pensó que la agricultura, y en concreto la plantación, era el fundamento de la economía cubana. El binomio azúcar y esclavitud resultó altamente productivo durante gran parte del siglo por lo que muchos no concebían que pudiera producirse crecimiento económico sin la entrada de brazos esclavos. Por otra parte, el progreso económico, el fomento de las tierras y de la isla se fijó como la condición previa para la existencia de civilización, a la vez que se incidía en el grave peligro que corría dicha

civilización en caso de que se mantuviera la esclavitud como fuerza de trabajo.

Félix Varela fue uno de los primeros criollos, quizá el primero, en señalar el camino a seguir para mantener en Cuba el *statu quo* que todos perseguían y que, en esos momentos era el garante de la prosperidad económica y el orden político y social. Conciliar intereses y voluntades comenzaba a ser una tarea difícil en la que se tuvieron en cuenta no sólo los balances comerciales, las pérdidas y las ganancias, sino que también se airearon las amenazas que entrañaban peligros y despertaban temores siempre temidos como la africanización, la invasión haitiana, las posibles rebeliones de negros, entre otros.

En el proyecto de abolición que Félix Varela elaboró durante 1822 en su condición de diputado a las Cortes españolas (1822-1823), y que no llegó a defender, la ruina de la isla se presenta como el estado al que Cuba estaba predestinada si no se actuaba con rapidez. Como los enemigos eran varios (México, Haití, Bolívar, Gran Bretaña, etc.), las medidas eran de distinta índole: abolición gradual de la esclavitud, defensa de sus costas y poblamiento de las zonas con escasa población.

Es preciso no perder de vista que la población blanca de la Isla de Cuba se halla casi toda en las ciudades y pueblos principales, mas los campos puede decirse que son de los negros, pues el número de mayores, y otras personas blancas que cuidan de ellos es tan corto, que puede computarse por nada [...] Todo esto manifiesta la facilidad con que se puede desembarcar un ejército, organizarlo, y emprender su marcha sin que se tenga noticia de ello hasta que no esté encima de alguno de los puntos principales, y que cualquier enemigo puede apropiarse de nuestros campos que le entregarán gustosos sus moradores, y destruir de un golpe nuestra agricultura, que es decir nuestra existencia (Pichardo Viñals 1977, 1: 272-273).

En el proyecto, titulado “Memoria que demuestra la necesidad de extinguir la esclavitud de los negros en la Isla de Cuba, atendiendo a los intereses de sus propietarios”, llamaba la atención sobre el hecho de que la población negra, esclava y libre, era la que controlaba la agricultura y demás artes por lo que Cuba dependía de ella: “si esa clase quisiera arruinarnos” –señalaba Varela– “le bastaría suspender sus trabajos, y hacer una nueva resistencia” (Pichardo Viñals 1977, 1: 272). Por otra parte, su elevada proporción en el conjunto de la población podía animarles a “solicitar por fuerza lo que por justicia se les

niega, que es la libertad y el derecho de ser felices” (Pichardo Viñals 1977, 1: 272). La ignominia y rusticidad con la que siempre se les ha calificado no era a su juicio un obstáculo para que la población negra demandase sus derechos al igual que lo habían hecho en la isla vecina. Varela menciona repetidamente las capacidades de la gente de la procedencia africana para decir por fin:

Hasta ahora se ha creído que su misma rusticidad les hace imposible de tal empresa [la lucha por sus derechos], pero ya vemos que no es tanta, y que, aún cuando lo fuera, serviría ella misma para hacerlos libres, pues el mejor soldado es el más bárbaro cuando tiene quien le dirija. Pero ¿faltarán directores? Los hubo en la Isla de Santo Domingo, y nuestros oficiales aseguraban haber visto en las filas de los negros los uniformes de una potencia enemiga, cuyos ingenieros dirigían perfectamente todo el plan de hostilidades (Pichardo Viñals 1977, 1: 272).

En este momento la sombra de Haití se proyecta como un peligro próximo e incluso inminente. Señala directamente a Haití y destaca la capacidad real que poseía para atacar las costas cubanas, con un ejército numeroso, aguerrido y con grandes capitales. La invasión tenía que contemplarse como algo muy posible y no sólo como una mera suposición ¿Acaso la ruina de Cuba, se preguntaba Varela, no suponía la prosperidad para Haití? ¿Acaso no eran conscientes los haitianos del peligro que representaba Cuba y su gobierno para la consolidación de su Estado?

Teniendo en cuenta todos los factores en juego y ante la evidencia del peligro que suponía para Cuba seguir manteniendo la misma política y el mismo sistema esclavista, Varela incidía en la necesidad de guardar el equilibrio entre todas las partes y grupos que estaban implicados en la abolición (esclavos, hacendados, mantenimiento de los niveles productivos y de los costes de producción de azúcar, gobierno español y orden) con el fin de que la “tranquilidad de aquella Isla” se conservara (Varela 1944; Piqueras 2007; Ibarra 2008): “Desengañémonos: Constitución, libertad, igualdad son sinónimos; y a estos términos repugnan los de esclavitud y los de desigualdad de derechos” (Pichardo Viñals 1977, 1: 274).

Otra mirada al peligro que entrañaba la población negra y el mantenimiento de la esclavitud para el futuro de Cuba es la de José Antonio Saco. Ideólogo del movimiento reformista, incansable mediador entre Cuba y España, sus escritos alertaban sobre el riesgo que representaba la heterogeneidad de la población y la elevada proporción de

población negra en la isla que, en caso de producirse una revolución, la conduciría a la ruina. La existencia de esclavitud y de la población negra eran para Saco los principales escollos para que Cuba, una vez agotada la vía de negociación, pudiera alcanzar por otros medios los mismos derechos que tenían en la metrópoli. La revolución, nos comenta el “Amigo del orden”, nunca debe intentarse

donde no hay otra alternativa que la vida o la muerte [...], sino cuando su triunfo sea tan cierto, como una revolución matemática. En *nuestras actuales circunstancias*, la revolución política va necesariamente acompañada de la revolución social; y la revolución social es la ruina completa de la raza cubana (Saco 1835, 2: 16).

El peligro para la civilización y para la cubanidad, definida y delimitada por José Antonio Saco a los individuos blancos nacidos en Cuba, lo constituía la entrada continua de esclavos africanos. La distancia entre ambos pueblos, el cubano y el negro (creado en el imaginario occidental como un único pueblo), era percibida por Saco y otros intelectuales, como Frías y Jacott, como el principal obstáculo que impedía el avance en Cuba. Para Frías y Jacott los negros eran individuos pertenecientes a razas extrañas y antipáticas “a nuestros hábitos” (Frías y Jacott 1937: 73). Por los mismos años Domingo Del Monte denunciaba que la esclavitud de los negros era el mal de Cuba, además de ser el elemento que la diferenciaba y distanciaba de las naciones civilizadas, cultas y adelantadas (Del Monte 1929, 1: 231).

3. Otros rostros del miedo: los desterrados de Saint-Domingue

El otro rostro de Haití, de su sombra amenazante fue la emigración de los antiguos colonos y sus esclavos desde Saint-Domingue. Individuos de toda condición, tipo y cultura llegaban contando los horrores de Saint-Domingue con la esperanza de encontrar un nuevo lugar donde vivir. El miedo al contagio ideológico que causó el estallido revolucionario en Francia en 1789 condujo no sólo a prohibir la circulación en los territorios hispanos de literatura considerada revolucionaria, sino a controlar la entrada y actividades de los extranjeros. Según se fue propagando la revolución por las colonias francesas en las Antillas, el Gobierno español pasó de dictar medidas con carácter preventivo, como el decreto de julio de 1791 que obligaba a los extranjeros a jurar fidelidad al rey de España y a la religión católica, a ordenar otras

disposiciones que restringían el tránsito de los extranjeros, en particular de los franceses, y prohibían la entrada de negros comprados o prófugos de las colonias francesas, “ni otra persona cualquiera de casta que pudiera influir en los vasallos de su majestad” (diciembre de 1791) (AGN, Venezuela, Reales Órdenes, tomo X, f. 199). Los reglamentos contra cimarrones, la prohibición de que entrasen en Cuba negros procedentes de otras colonias o la persecución de los desembarcos ilegales de esclavos fueron algunas de estas medidas legales que, paradójicamente, corrieron paralelas a otras leyes que abrían algunas posesiones a la entrada masiva de esclavos africanos, como la Real Cédula de febrero de 1789 por la que se daba permiso para que

todos los vasallos, avecindados o residentes [de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Caracas] pudiesen pasar a comprar negros donde los hubiese y el permiso a los extranjeros para participar en la compraventa de esclavos (González-Ripoll 2004: 46).

El arribo a las costas cubanas de los desterrados de la colonia francesa alarmó a las autoridades y a la población de la zona oriental no sólo por lo que contaban de los sucedido y vivido en Saint-Domingue, sino por considerar que su presencia podría prender la chispa revolucionaria ¿Cómo asegurarse que las noticias que traían no serían emuladas en Cuba? ¿Cómo saber si entre los negros que acompañaban a los amos no se encontraban algunos revolucionarios? El juicio de las autoridades sobre ellos no deja lugar a duda sobre el recelo que la llegada de los emigrados de Saint-Domingue produjo: “gente de color de las qualidades expresadas con objeto de alexar de los oídos de los muchos negros que hay en esta Ysla las máximas de libertad que vier-ten aquellos” (AGI, Estado 2, núm. 27 [1]). Fue este miedo el que provocó que el capitán general Someruelos consultara al ministro de Estado, Mariano Luis de Urquijo, en 1799 sobre la posible expulsión de emigrados franceses. Mientras espera la respuesta, Someruelos promulgó un bando, el 6 de noviembre de 1799, que regulaba la entrada y el establecimiento de aquellos extranjeros que poseyeran oficios, fueran agricultores y, por tanto, beneficiosos para el país, al tener en cuenta además que estaban entrando buques neutrales por diferentes puertos de la isla y la necesidad de pobladores que contribuyeran al fomento. Con el fin de elaborar un padrón de los extranjeros que habían entrado, se ordenaba que se presentasen ante los jueces de residencia para identificarse y declarar sus actividades. Asimismo, todo veci-

no debía de dar cuenta de los extranjeros que habían tenido en su casa, así como de sus actividades; de no hacerlo sería considerado y castigado como sospechoso. Hecho el padrón, aquellos extranjeros que no fueran aceptados deberían abandonar la isla en un plazo de dos meses (AGI, Estado 2, núm. 27 [1]).

La llegada de noticias en las que se hablaba de los maleantes que entraban en la isla y la idea que iba cobrando fuerza sobre la influencia negativa que la presencia de negros de Saint-Domingue podía ocasionar, provocó que Someruelos mandara encarcelar a varios negros esclavos y animara a sus amos a que los sacaran de Cuba con la mayor rapidez. El 5 de mayo de 1800, tras conocer Someruelos que se habían producido 693 nuevos empadronamientos en la ciudad de Cuba (Santiago de), le trasladó al gobernador Sebastián Kindelán su temor por el peligro que su presencia representaba y le sugirió que no aceptase a más mulatos en la región, a pesar de ser preferentes frente a los negros por su mayor obediencia. Unos meses más tarde Someruelos le transmitió al Gobernador las directrices que llegaban desde España sobre la conducta y el modo de proceder ante nuevas llegadas de refugiados. La cautela seguía siendo la tónica ante los acontecimientos. Se aconsejaba que se les brindasen ayuda y no manifestasen desconfianza “aunque se deben celar sobre su conducta y conversaciones, por lo que pudiera ocurrir; pues en las actuales circunstancias es menester mucha vigilancia” (Correspondencia mantenida entre Someruelos y Kindelán durante julio y agosto de 1800. AHN, Sección Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 16).

El terror fue el que indujo a que se tomaran medidas legales que reforzaran el cordón sanitario y que ayudaran a aislar las *ideas revolucionarias*. La sensación de indefensión la transmitió en diversos oficios y múltiples ocasiones el Capitán General a las autoridades españolas, enviándoles las instrucciones pertinentes al Gobernador de Cuba y al ministro de España en Filadelfia (Carlos Martínez de Irujo). Someruelos recibía continuamente noticias sobre las actividades de los ex esclavos. En octubre de 1801 Martínez de Irujo le daba noticias de la llegada a Filadelfia de un agente del Directorio francés en Santo Domingo, Roume de Saint Laurent, y del riesgo que corrían Cuba y Puerto Rico. De la misma manera, Kindelán le informaba sobre el apresamiento de un buque corsario con caballos que se dirigía a Jamaica y que al aparecer era parte de una contrata para adquirir 2000 caballos lo

cual le resultaba bastante sospechoso. Estas y otras noticias provocaron la alerta de la máxima autoridad de Cuba. El 21 de noviembre de 1801 Someruelos relataba el pánico ante una posible invasión de las fuerzas aliadas de Jamaica y Saint-Domingue por la parte oriental de Cuba, una situación que comprometía según el Capitán General la seguridad de toda la isla al no disponer de tropas regulares suficientes para contener este ataque (AHN, Sección Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 39).

En verano de 1803 Someruelos informaba al Gobierno español sobre la llegada de seis embarcaciones con familias desde Puerto Príncipe francés solicitando hospitalidad, según un informe que había recibido del gobernador de Cuba. Las medidas a tomar eran precisas y contundentes: se debía admitir a las familias blancas y sólo permitir el desembarco de los negros que fueran indispensables para el servicio de dichas familias, “teniéndose para ello presente lo ventajoso que es a esta isla el adquirir el mayor número posible de buenos habitantes blancos” (AHN, Sección Estado, Legajo 6366, caja 1, exps. 17-21).

El 31 de julio de 1803 el Gobernador de Cuba tenía retenidos en una fragata en depósito hasta 105 negros franceses, libres y esclavos. Desestimado su desembarco en Cuba, el Capitán General ordenó que los negros libres fueran trasladados a Tierra Firme tal como se había hecho con los negros auxiliares de Santo Domingo, al servicio del Rey español, tras la paz con Francia. Los esclavos debían ser expulsados por sus dueños, en caso de no hacerlo los esclavos pasarían a ser propiedad del rey y serían enviados a cuenta de la Real Hacienda a puertos de Tierra Firme (AHN, Sección Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 56).

El 6 de septiembre Someruelos informaba a España del crecido número de familias francesas, tropas y *gentes de color* que llegaban por los puertos de Baracoa y Cuba desde Jeremías y el Mulo de San Nicolás de Santo Domingo y de las medidas adoptadas para la expulsión de la población negra. En diciembre de ese año, las autoridades españolas le comunicaban a Someruelos que tuviera cautela al conceder tierras a las familias francesas; respecto a la población negra, se ordenaba que en Cuba quedaran muy pocos y dispersos y que el resto se esparcieran en otras colonias.

Desde Estados Unidos, siempre atento a lo que ocurriera en el Caribe y, en concreto en Cuba, Valentín de Foronda le comenta a Pedro

de Ceballos, en una carta fechada en Filadelfia, el 20 de diciembre de 1803, los riesgos que la inmigración de refugiados podía ocasionar en la isla:

Muy Señor mio. El número de Franceses que vá reuniéndose en las inmediaciones á Santiago de Cuba és extraordinario. Los que vienen de allá les hacen subir a 14 mil. Entre ellos se supone que hay varios negros, y gentes no de la mejor conducta. V. E. preverá si esta acumulación de gentes miserables e inoculadas en el espíritu revolucionario, convendrá que queden allí o no. Es indubitable que hay entre ellos gentes de mucho honor, de grande juicio, de grande tranquilidad, y dignas de las primeras consideraciones, pero sé que uno de estos Franceses respetables que habia pensado establecerse en el cultivo de los frutos qe. le podrían ser útiles no se ha resuelto a quedarse, viendo una porción de gentes de quienes nada se debe esperar sino la desobediencia (AHN, Sección Estado, Legajo 6175, carpeta 2).

La llegada de emigrados de Santo Domingo era un goteo continuo, lo cual exaltó en muchas ocasiones la alarma y animadversión de los vecinos. Como ejemplo de este arribo señalamos que en tan sólo 15 días, entre el 15 y el 30 de noviembre de 1803, habían llegado a Cuba (Santiago) 23 buques con 670 personas. El 30 de ese mes Kindelán comunicaba a Someruelos que desde el principio de la emigración las personas llegadas a ese puerto ascendían a 16.791 y los buques a 294. Un mes más tarde el número de franceses entrados por el puertote Cuba era de 18.213. A pesar de todas las medidas y cuidados, la llegada de refugiados provocó en Santiago de Cuba momentos de desabastecimiento, temor y rechazo que algunos transmitieron a las altas jerarquías, como en la carta de 1803 que reproducimos a continuación:

La Ysla se pierde con la introducción de franceses forajidos, negros y mulatos que están echando estos malditos hombres en nuestra costa, y luego vienen los blancos y por el Morro se introducen pidiendo Hospitalidad, y nada menos es su intención que establecerse en esta ciudad en donde estamos pereciendo, y de todo careciendo, y con el establecimiento de tantos franceses moriremos (*Carta de los Hijos de la Ciudad de Cuba al Capitán General en 1803*. ANC, Correspondencia de los Capitanes Generales, Legajo 443, exp. 1).

El gobernador de la ciudad trataba de templar los ánimos con la promulgación de leyes que controlaban y prohibían la entrada de extranjeros y, en un primer momento, la venta de tierras a éstos. Dichas medidas las contraponía a los beneficios que reportaba el asentamiento de estos colonos, algunos con capitales, otros con esclavos y la mayoría

con experiencia en algunos cultivos, como el café, cuya producción reportaba grandes beneficios al país. Navegando entre la legalidad, el temor, la cautela y la suspicacia, Kindelán, como los hacendados habaneros, supo sacar el mejor partido a la situación.

El número de franceses residentes en Cuba y, sobre todo, la posibilidad de que se produjera un contagio ideológico provocó que el rey ordenara que no se permitiera establecer a los emigrados franceses en Cuba más tiempo que el que dictaba la hospitalidad y el trato humano con personas de una potencia aliada que en un momento se encontraban perseguidos. Pensaba que no era seguro albergar en las colonias a individuos que poseían opiniones diferentes “poco pacíficas de lo que se necesitaba para la conservación de unos dominios distantes de la metrópoli” (AHN, Sección de Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 66). La orden fue remitida al Capitán General el 29 de marzo de 1804 (AHN, Sección de Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 66).

La presencia de franceses en Cuba continuó siendo causa de debate y punta de lanza. En 1804 el monarca suspendía la concesión de cartas de naturaleza a los emigrados franceses de Santo Domingo (Correspondencia entre el marqués de Someruelos y el secretario de Estado, Pedro Ceballos, en julio y agosto de 1804. AHN, Sección de Estado, Legajo 6366, carpeta 1, exp. 81). En el largo juicio de residencia del marqués de Someruelos se encuentra documentación sobre los juicios celebrados contra José de Ilincheta, oidor y asesor de Someruelos, como lo fuera con el marqués de la Torre y con Las Casas, acusado de abusos, crímenes, y corrupción. En uno de ellos, obra del Bachiller Juan Justo Ximenez, señalaba la complicidad del acusado con los franceses, cuya presencia en la isla no había traído ganancia alguna:

Cuanto peligro sufrió la Habana en lo moral y en político por la introducción de una infinidad de franceses derramados como plaga por toda la isla y ocupados en todos los ramos de la medicina, del comercio, de la agricultura y de las artes con predilección absoluta en los casos y cosas que se les ofrecían y ocurrían en con preferencia a su tribunal, donde al primer golpe se ponía [Ilincheta] a hablarles en francés despreciando á los españoles presenciales, y siempre el francés tenía razón de que se siguió la enorme audacia de esos badulaques, que en todas partes ostentaban su poder y se colocaban con gran provecho: en como la del empedrado siempre con cien mil pesos adelantados al francés Baylly, que después fue pirata de estas costas, y hoy comandante de tropas francesas en la insurrección de Cartagena: ganaban los pleytos y nunca iban á la cárcel y gozaban de otras varias preeminencias, al paso que los ingleses ca-

da día y por cualquiera cosa iban á la cárcel y llenaban las galeras abandonando sus buques y eternizándolos, como podrá verse en los asientos de la misma carcel: y todo fue obra del señor Ilincheta (*Acusación legalmente intentada contra los señores D. José Ilincheta y el conde de O'Reilly por excesos que cometieron en sus respectivas judicaturas*, Habana, Oficina de D. Antonio J. Valdés, 1813. AHN, Sección Consejo, Legajos 21034, 21035 y 21036, p. 4).

El miedo tuvo varias caras; siempre se mantuvo agazapado esperando el momento idóneo para prender. Fue mutando y encarnándose en varios personajes. El fantasma de la negritud, el miedo al negro que se instaló en la Cuba desde finales del siglo XVIII estuvo acompañado de otros protagonistas que también alimentaron los temores y recelos ante cualquier cambio. El terror fue la respuesta de las sociedades ante una revolución, unas ideas, unos iconos y unos símbolos que podían trastocar los valores y el orden establecido. El miedo animó a legislar y a instrumentalizar; sirvió para perpetuar estructuras, fortalecer barreras culturales y mantener sistemas de dominación.

Bibliografía

- Arango y Parreño, Francisco de (1952): *Obras de D. Francisco de Arango y Parreño*. 2 tomos. La Habana: Publicaciones de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación.
- Bahamonde, Ángel/Cayuela, José G. (1992): *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid: Alianza.
- Del Monte, Domingo (1929): *Escritos de Domingo del Monte*. 2 tomos. Introducción por José A. Fernández de Castro. La Habana: Cultural, S. A.
- Ferrer, Ada (2004): "Cuba en la sombra de Haití: Noticias, sociedad y esclavitud". En: González-Ripoll, M^a Dolores/Naranjo, Consuelo/Ferrer, Ada/García, Gloria/Opatrný, Josef (2004): *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: CSIC, pp. 179-231.
- (2009): "Speaking of Haiti: Slavery, Revolution, and Freedom in Cuban Slave Testimony". En: Geggus, David P./Fiering, Norman (eds.): *The World of Haitian Revolution*. Bloomington: Indiana University Press, pp. 223-247.
- Fradera, Josep M. (1999): *Gobernar colonias*. Barcelona: Península.
- Frías y Jacott, Francisco (1937): *Reformismo agrario*. La Habana: Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura.
- García Rodríguez, Gloria (2004): "Vertebrando la resistencia: la lucha de los negros contra el sistema esclavista, 1790-1845". En: González-Ripoll, M^a Dolores/Naranjo, Consuelo/Ferrer, Ada/García, Gloria/Opatrný, Josef (2004): *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: CSIC, pp. 233-320.

- Geggus, David P. (ed.) (2001): *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia: University of South Carolina Press.
- Geggus, David P./Fiering, Norman (eds.) (2009): *The World of Haitian Revolution*. Bloomington: Indiana University Press.
- González-Ripoll, M^a Dolores (2004): “Desde Cuba, antes y después de Haití: pragmatismo y dilación en el pensamiento de Francisco Arango sobre la esclavitud”. En: González-Ripoll, M^a Dolores/Naranjo, Consuelo/Ferrer, Ada/García, Gloria/Opatrný, Josef: *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: CSIC, pp. 9-81.
- Hernández Sandoica, Elena (1982): *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1887*. 2 vols. Madrid: Universidad Complutense.
- (1997): “La política colonial española y el despertar de los nacionalismos ultramarinos”. En: Fusi, Juan Pablo/Niño, Antonio (eds.): *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 115-132.
- (2004): “España, 1898-1998: un ‘fin de imperio’ cien años después”. En: Esteban de Vega, Mariano/Luis Martín, Francisco de/Morales Moya, Antonio (eds.): *Jirones de hispanidad. España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva de los cambios de siglo*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 23-45.
- Humboldt, Alejandro de ([1827] 1998): *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Trad. de J. B. de V. M. Con estudio introductorio de Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo y Armando García. Aranjuez: Doce Calles/Junta de Castilla-León.
- Ibarra, Jorge (2008): *Varela el precursor. Un estudio de época*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Naranjo Orovio, Consuelo (2004): “La amenaza haitiana, un miedo interesado: poder y fomento de la población blanca en Cuba”. En: González-Ripoll, M^a Dolores/Naranjo, Consuelo/Ferrer, Ada/García, Gloria/Opatrný, Josef (2004): *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*. Madrid: CSIC, pp. 83-178.
- (2008): “Cara y cruz de una política colonial: azúcar y población en Cuba”. En: Santamaría, Antonio/Naranjo Orovio, Consuelo (eds.): *Más allá del azúcar. Política, diversificación y prácticas económicas en Cuba, 1878-1930*. Aranjuez: Doce Calles, pp. 21-57.
- Pichardo Viñals, Hortensia (⁴1977): “Memoria que demuestra la necesidad de extinguir la esclavitud de los negros en la Isla de Cuba, atendiendo á los intereses de sus propietarios, por el Presbítero don Félix Varela, Diputado á Cortes”. En: Pichardo Viñals, Hortensia: *Documentos para la historia de Cuba (época colonial)*. 4 tomos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1, pp. 267-275.
- Piqueras, José Antonio (2003): “Leales en época de insurrección. La elite criolla cubana entre 1810 y 1814”. En: Álvarez Cuartero, Izaskun/Sánchez, Julio (eds.): *Visiones y revisiones de la independencia americana*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 183-206.
- (2005): “El mundo reducido a una isla. La unión cubana a la metrópoli en tiempos de tribulaciones”. En: Piqueras, José Antonio (ed.): *Las Antillas en la era de las Luces y la revolución*. Madrid: Siglo XXI, pp. 319-342.

- (2007): *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*. Aranjuez: Doce Calles/Fundación Mapfre.
- Romero, Luis Alberto/Romero, José Luis (eds.) (1985): *Pensamiento político de la emancipación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Saco, José Antonio (1853): *Obras completas*. 2 tomos. New York: Librería Americana y Estrangera.
- (1935): *Ideario reformista*. Cuadernos de Cultura, 5. La Habana: Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura.
- Sarmiento, Domingo (1885): *Obras Completas*. 53 Vols. Ed. de Montt, Luis/Belin Sarmiento, Augusto. Santiago de Chile: Imprenta de Gutenberg, vol. 2.
- Varela, Félix (1944): *Observaciones sobre la Constitución política de la Monarquía española seguida de otros trabajos políticos*. La Habana: Universidad de La Habana.

Archivos

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla.

AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid.

ANC: Archivo Nacional de Cuba, La Habana.